

CON EL TIEMPO VESTIDO DE BLANCO

Siempre consideré sordo –no sé por qué- a Manuel Blanco. Sólo que, andando el tiempo a mi personaje inolvidable la vida le quitó una pierna pero le dio el oído. Ahora, en algunas tardes guerrerenses (las de la Guerrero) me place llegar a su domicilio y encontrarlo rodeado de Haydn, Bach, Stravinski, Vivaldi, Revueltas, y de más Haydn, y de más Bach, dentro de una marea creciente de discos compactos, esto, justamente, en los actuales momentos en que es síntoma de "buen gusto" entrarle a tanta basura sonora, convertida en el pan nuestro de cada día, convertida en patrimonio hasta de los intelectuales más connotados (ya no se diga de los que del populismo han edificado su millonario presente y ahora son enemigos a muerte de Cuba y de las cosas decentes).

En convivencia con Bach, con Haydn y con Manuel, mientras los dos primeros discurren con donosura y el tercero tartamudea su diabólica inteligencia, reconstruyo imágenes de esta vieja relación, en la certeza de que estoy repasando, apoyado en los beneficios de la memoria, páginas de una parte muy viva de la historia cultural de nuestro tiempo, en la que Manuel Blanco ha sido, sin duda, eje imprescindible. Rechoncho y gruñón, malvado como todo ser que posee una inteligencia fuera de lo común, pero al mismo tiempo puesto en el centro de una paradoja que es complementada por su tierna ternura de pan bendito, con todo y muchacha de blusa descorrida desde la oreja y falda levantada desde el huesito. Blanco aparece como siempre, capitaneando por afectos, sin ser cabeza de grupos de poder cultural, a toda una generación de seres que han vivido la vida entre locos y geniales; entre virtuosos y perversos; entre defensores de las grandes causas y ...también los hubo pillines (los populistas); entre formales y miembros distinguidos de A. A. (Alcohólicos Anímicos).

Así lo reconstruyo y es el mismo que sobrevive frente a mí, con sus cejas superpobladas, como dos amigos crespones en espera de definir el rostro cabronico o la bondad facial que a veces también es, y que ha hecho del observado, Blanco de los cariños unánimes. Mientras, en el tocadiscos, crece el Bach que no le creía, que nunca le sospeché. Al realizar el flash-back (anglicismo que nos sorrajó el cine) Manuel es el pretexto cabal para verme y vernos, para encontrarnos y encontrarme, participe de un tiempo, de un largo tiempo de palabra y tinta.

Tenerlo presente en la memoria es traer a mí una larga lista de personajes que contribuyeron en las chorchas de El Palacio o del Golfo de México a trazar la curva de ese infinito tiempo del que hablo, que aún perdura en estas actualidades y mucho me estoy sospechando que se extenderá hacia la eternidad, más allá de la natural desbandada que se empezó a dar desde hace ya bastante.

La lista no tendría fin: Juan de la Cabada, Cardona Peña, Cardona Chacón, Arenas Betancourt, Otto Raúl González, Xorge del Campo, Orlando Guillén, el príncipe Mussachio, los Santana (Carlos, Mario, Bertoldo), Carlos Velásquez, Nazario Chacón Pineda, Macario Matus, Juanito Patiño, Jorge Meléndez, Ángeles, su entonces esposa, Salvador Avila, René Avilés, Juan Manuel Torres, Parménides García, Gonzalo Martré, las Pineda (fundamentalmente Gudelia y Silvia), Héctor García, Xavier Robles, el pintor Palomino, Miguel Flores, Miguel Ángel Flores, Mauricio Camacho, Mauricio Flores, Mauricio Schwartz, Efraín Gutiérrez, José Luis Colín y Jesús Luis Benítez, el "Buker" (para hablar también del infierno), Gerardo de la Torre, Dora Herrera, Rafa Sánchez, Enrique Chacón, Tirso Ríos y Angélica, Oscar Wong, Rodolfo Mier Tonché, Consuelo Herrera, Ramón Oviero (nuestro queridísimo poeta panameño), Efraín Huerta, Juan Helguera (saludándonos de retiradito), Jorge Turner, Gloria Contreras (pero ella no tomó ron en nuestra cantina, algunos de nosotros sí tomamos whisky en su casa de Lomas de San Angelín), [Leticia Ocharán](#) (otra lejana cercana), Gonzalo Martínez "el zombi", Alejandro Ariceaga, Álvarez Amaya, Manuel López, Conchita Acevedo, Adriana Padilla, García Barba "El Boni", Salvador Camelo, Mario Enrique Figueroa, Rogelio Hernández López, Carlos Illescas, Juan Rejano (a veces), Miguel Bautista, Edmundo de los Ríos, Fedro Guillén, María Anzúres, Víctor Cázares, "El Chilis", "El Donald", "El Ruso", a la mayoría de ellos el alcohol los (nos) canonizará. Y que me perdonen las decenas de no nombrados y me disculpen también los nombrados que ya no hubieran querido verse inmiscuidos en esta lista en la que, como es fácil observar, había de dulce, de manteca y de mucho chile.

Por quién sabe qué secretos de la vida en el centro de todas estas efervescencias ha oficiado Manuel Blanco. Quienes conocen a los personajes aquí citados y revisen la lista con ojos de buena fe pensarán que es un escándalo o por lo menos una falta de respeto mezclar a determinadas personalidades con otras, hasta a herejía podría sonar, pero la verdad es que así se dieron las cosas, así fueron, así las recuerdo y de ello mi militancia de tiempo completo en las entrañas de la batahola ha sido mi mejor testigo.

Blanco fue en tardes tremantes, inacabables, un elemento cohesionador; en su alrededor creció un lóngo tejido de afectos, fraternidades, pasiones con signos de índole diversa; hubo vida, la misma que siguen buscando los que después de varios años ahora lo visitan en su departamento de la colonia Guerrero. Entonces, la historia continúa y por eso, por lo que la mayoría de los aquí nombrados hace dentro del entorno cultural o lo que hicieron los ya fallecidos, es que existe la certeza de que de alguna manera se está hablando desde los umbrales de lo que no tiene fin.

Yo he visto a Manuel Blanco rodar una lágrima cuando se nos murió José Revueltas, como lo vi rodar otra cuando le tocó el turno a Efraín, el de los hombres del alba; pero cada lágrima era recuperada posteriormente por medio de fuertes dosis de ron. Así es como nos hemos ido toreando la vida. Llorándola. Y bebiéndola.

Lo veo también –ya que estamos en las evocaciones auténticas– en la facilidad con la que a veces se suma a los olimpos impuestos por la cultura oficial, con la que a veces se suma a esos personajes desideologizados que las instituciones nos hacen tragar hasta en la sopa, que al mismo tiempo son cronistas de culturas populares, de periodismo, de farandulerías, de frivolidades mil y que tranquilamente van de la filosofía y de la sociología hasta las hechuras del mole de guajolote.



Pero yo he visto también a Manuel Blanco bajo el impacto de personajes tan fuertes, tan contundentes, como Aurora Reyes, personajes que vienen siendo mucho, demasiado, para el mundillo rosa que pretende la oficialidad. De Aurora Reyes, poderosa figura mexicana ignorada sistemáticamente por los bien arreglados, Manuel ha escrito páginas, enfocada ella desde su doble función estética, como la inigualable poetisa que es y como la primera muralista mexicana que fue. Cuando murió Aurora Reyes, Manuel publicó uno de los más bellos textos que sobre ella se han escrito:

Cuando una flor se muere, cuando desaparece, cuando ya no queda nada. Y está uno acostumbrado a sentirla cerca, aunque tantas veces sin siquiera verla. Sólo con la certidumbre de que ahí está, abierta, incólume, bella, a pie firme sin remedio y para siempre. Así era Aurora Reyes.

Y entonces adviene la certidumbre a la que de todos modos uno se resiste. Es que nadie cantó como ella a lo largo de tanta vida. Y es cierto que los poetas que se llaman altos decidieron ignorarla, aunque ella haya escrito poemas fundamentales.

Con Aurora es por primera ocasión que la mujer gana su propia voz, mucho más allá de todo feminismo. En Aurora recuperamos decisivamente a la madre-tierra, la portentosa Coatlicue, dueña y señora nuestra, con su falda de serpientes, su voz dura y de piedra, su terrenalidad que ahora lo sabemos, no morirá. Pero decidieron ignorarla también por otras causas. Seguramente porque Aurora fue, como Benita Galeana, como Concha Michel, esas otras mujeres de la leyenda mexicana, una voz recia y definitiva nacida desde lo más hondo del alma obrera y militante. Y esto, en los cenáculos de la falsa gloria, no se perdona.

Hoy sus restos serán incinerados. Sus cenizas serán depositadas al pie de una magnolia. Pero no es cierto. Nada de todo esto es cierto. Es que Aurora ha muerto ya mil veces. En cada injusticia, en cada batalla obrera, en todos los quejumbres humanos, ante el peso de su propia estatura.

Y entonces ya está. Aurora vive ahora mismo, aquí y desde siempre.

¿Cómo la vida la iba a poder matar? Ahora nos toma del brazo, volvemos a compartir con ella. Sus pétalos están abiertos. Es ella, Aurora.

De esa parte de Manuel Blanco, profunda, humana, derechísima, es de la que soy amigo y hasta deudor si así se quiere, porque cuando se escribe con calidad, con inteligencia y con un profundo sentido de la justicia, deudores somos todos ya que de algún modo, por medio de esos elementos se nos hace entrar en la eternidad.

Dentro de esas consideraciones cuando a [Leticia Ocharán](#) y a mí nos dio por editar libros (sólo a seis llegamos) decidimos que uno de ellos fuera una colección de cuentos de Manuel a la que el autor puso el título de Cantos de enloquecido amor.

El empeño editorial fracasó. En este país la cultura casi siempre es oficial o usufructuada por algunas empresas privadas que aprovechan los eternos vivos que ya de sobra conocemos. Pero a fin de cuentas, aquel empeño constituyó un capítulo más de nuestros encuentros.

Por eso y por los muchos recuerdos que cargamos es que después de tantos años sigo buscando de cuando en vez la conversación de Manuel Blanco. Rodeado de su marea de discos compactos, nos ponemos a reconstruir hechos, a redelinear personas y entonces las horas se vuelven un suspiro.

¿Te acuerdas Manuel cuando en aquella conferencia de prensa que Margot Fonteyn daba en la ciudad de Guanajuato con motivo de su presentación en el Festival Cervantino tú le preguntaste por qué había bailado para Pinochet? (Guadalupe Trigo también había cantado para el abominable asesino a invitación de Chabuca Granda). Los demás periodistas manifestaron su descontento por tu postura, entonces yo intervine para apoyar tu pregunta y al ratito estaba ardiendo Troya.

¿Te acuerdas Manuel la vez en que platicando con el escultor Rodrigo Arenas Betancourt le comentaste que acababas de hacerle una entrevista a García Márquez? Entonces él te dijo que García Márquez le había hecho una entrevista a él 25 años atrás, en Colombia, cuando el escritor empezaba su carrera de periodista.

Al siguiente sábado Rodrigo, ese entrañable personaje nuestro, te llevó la entrevista escrita en dos planas sabaneras y de ahí surgió la idea de hacer una reunión en la casa de Rodrigo, en Coyoacán, en donde estuvieron también Juan de la Cabada, Jorge Meléndez acompañado por Ángeles, Ramón Oviero, Gonzalo Martré, Arnoldo Martínez Verdugo. Juan de la Cabada se adueñó de la reunión opacando a todos los presentes; Arnoldo confesó ser cuentista frustrado por la política; Ramón Oviero leyó sus más recientes poemas, y tú le regalaste a García Márquez un ejemplar de tu novela Viva mi desgracia. Fue cuando él, en distracto perfecto y movido por la fuerza de la costumbre, sacó una pluma y te dedicó tu propio libro.

¿Y te acuerdas de la vez en Oaxaca, cuando en el bar de aquel hotel de arquitectura colonial bebías con Miguel Guardia y Aurora Saavedra, con nuestra queridísima Mireya Ballesteros y conmigo, y en eso llegaron Pilar Souza y Emilio Carballido y quisieron imponernos una vez más sus horarios, como lo habían estado haciendo durante tres días consecutivos? Harto tú de tal situación los corriste de la mesa con palabras cargadas al extremo, entonces, yo, para mediar, parafraseé a Jaime con aquello de “¡A la chingada las lágrimas!, dije y me puse a...” Y entonces completaste categórico: “No, a la chingada tú también”.

¿Y te acuerdas cuando una vez, a las tres de la madrugada le hablaste por teléfono a Mario Santana provocando un fuerte disgusto a éste por la hora en la que lo habías despertado? Entonces tú, reaccionando ante sus reclamos le dijiste: “¿Sabes qué, Mario?, no me vuelvas a hablar en tu vida”. A los diez minutos volviste a marcar el teléfono y cuando Mario pronunciaba molesto el clásico "bueno" tú le arrojaste un "te dije que no me volvieras a hablar" y colgaste muy digno.

¿Y te acuerdas...?

Y así revolvemos los recuerdos y los discos. La tarde se nos vuelve música y memoria. Para mí que Manuel Blanco empezó a hacerse de oído a partir del profundo amor que por los Revueltas siempre tuvo. Yo veo y escucho todo esto y vuelvo a llegar a la conclusión de que la tarde es muy poca cosa. Y que hay cariño adentro, muy adentro. Y que hay un tiempo del que todos nosotros hemos sido dueños. Un tiempo vestido de Blanco en el que hemos participado todos. Un tiempo vestido de Blanco. Manuel, así lo siento.

JUAN DE LA CABADA, EL MÁS JOVEN DE LOS JÓVENES

En el 2003 se cumplieron 100 años de su natalicio

Juan de la Cabada era el juego hecho talento, inteligencia, creatividad; era la inteligencia, el talento y la creatividad convertidos en el eterno lúdico. Ser amigo de Juan de la Cabada era jugar con el cielo, la tierra y con todo lugar; era la carcajada sonora y la preocupación por el hambre, la desolación y la tragedia que desde siempre han azotado al pueblo de México.

Por virtudes de su literatura Juan Padre, Juan hijo, Juan espíritu non sancto, este personaje se multiplicó hacia los cuatro puntos cardinales de nuestro sentir y nuestro pensar, de nuestro ver y nuestro oír. Haber conocido a Juan de la Cabada, haber sabido de él en nuestro tiempo, nos convirtió en seres privilegiados que podremos contarle a nuestros descendientes de qué manera caminó alguna vez por las calles de México la alegría.

¿Este es el juego de Juan Pirulero? Nada, nada. Este es el juego de De la Cabada, juego fuego, juego y luego México con entraña abierta en las páginas de cada libro en donde leíamos desde La llovizna hasta Maitía, de día y de noche, de noche y de día.

Como al campechano de mi evocación, a cada uno de nosotros, y con él, nos vinieron a vender un santo con marco de nogal y con vidriera, y después que él, también preguntamos qué santo era y era el santo más cabrón de la pradera. Fue mi amigo, mi gran amigo, con el jugué siempre a recomponer el tiempo, pero el tiempo era él y terminó siempre, recomponiendo mis ideas de la literatura y de las luchas de la sociedad en plena vía pública, como si fuéramos hombres de la calle, y él lo era, ¡claro que lo era! Juan del calabozo, Juan de La Internacional cantada desde el centro mismo de la mazmorra, Juan del saquito y del pantaloncito a rayas, aquel mismo Juan que cuando un general entorchado valiéndose de su situación de ventaja sacó el sable con ánimo de pocos amigos y amenazó a un grupo de comunistas encarcelados preguntándoles ¿A ver quién es muy macho aquí?, respondió sin dudar ni un segundo: “Usted mi general”.

Ese amigo mío fue el primero que me acercó a los secretos técnicos del guión cinematográfico y quizá en una aguda actitud crítica, quién lo pudiera saber a estas alturas, dejó abandonado sobre una mesa de café; el primer guión cinematográfico que yo había escrito en mi vida (y el último) y del cual no había tenido la preocupación de sacar copia alguna, quizá para beneficio de la humanidad.

Aquel jovencito de ochenta y tantos años de edad me visitó varias veces en una casa que tuve en Ciudad Satélite; en dos ocasiones, con motivo de una charla larga, interminable, llena de fantasías y de realidades fantásticas, el tiempo nos jugó una mala pasada, pero Juan que era el tiempo mismo arregló su tiempo con el tiempo –sabía virtud de la que Renato Leduc hacía gala repitiéndonos soneteramente el tiempo, pero sin la cuenta de Miguel de Guevara- decidió quedarse a dormir en las entonces heladeces del Estado de México, y entonces el tiempo se convirtió en un largo témpano pero con una brasa en el centro.

Traca Traca Tracatraca, jijos de la matraca, había gritado Juan en las calles de las gestas cívicas; de ahí venía como otros veníamos de hechos más recientes en los que también habíamos tenido que enfrentar la furia del granadero y del artero agente que nos enviaba el poder para decimos que éramos ciudadanos incómodos, indeseables, mal portados. Y como gente que veníamos de un tronco común nos fascinaban los relatos que él nos hacía de aquellos episodios en los que los actores habían sido José Revueltas, Fermín, Aurora Reyes, Siqueiros y líderes obreros, y líderes magisteriales y líderes agrarios, y Valentín Campa y Hernán Laborde.

¿Cómo conocí a este joven incansable? Fue el compositor Juan Helguera quien me lo presentó hace ya algunos siglos. De pronto, frente al café en donde nos encontrábamos, en el Paseo de la Reforma, se detuvo un taxi y de él bajó un hombre de larga cabellera blanca, de un rostro risueño que mucho tenía que ver con los estereotipos de los abuelos convencionales que habitan cuentos y leyendas. Su cuerpo ligeramente inclinado hacia delante denotaba el

paso de muchos años pero había una energía superior que se manifestaba en los movimientos ágiles y en aquella sonrisa luminosa que nos dedicó. Helguera se levantó a recibirlo y dirigiéndose a mí, me dijo: “te voy a presentar a mi hermano...”

El mismo Helguera más tarde me sugirió en alguna otra página de aquel café que realizara un largo ensayo con el nombre de “Los Juanes de México”. En su idea giraba la intención de capturar en sólo un haz toda la fuerza de nuestra mexicanidad desde la literatura misma concentrándome en los que para él eran los Juanes de México: Juan Rulfo, Juan José Arreola y Juan de la Cabada. Aquel ensayo nunca lo hice pero pienso que si alguna vez hubiera sido realidad tal trabajo literario hubiera llevado forzosamente, como música de fondo, el tintineo guitarrístico de Juan Helguera y así, tal ensayo hubiera seguido siendo, verídicamente, el de los Juanes de México.

Chin Chin, la noche de Amín. Malos recuerdos que también se guardan. Resulta que posteriormente adoptamos la costumbre, de la Cabada y yo, de vernos cada 15 días o cada tres semanas. Más o menos a la hora en la que yo terminaba mis labores reporteriles, Juan de la Cabada llegaba hasta la redacción del diario La Prensa, me esperaba los últimos minutos que restaban para mi libertad de esa noche y nos íbamos muy contentos a tomar café en el Kiko que se encontraba muy cerca del diario, sobre la calle de Puente de Alvarado.

Pero en la noche del mal recuerdo, en el momento en el que nos disponíamos a salir, llegé a buscarme un ser monstruoso que algún puesto tenía dentro del poder judicial. Él había ido a visitarme en alguna ocasión, no sé por qué motivo pseudoamistoso, pero esta vez no me percaté del estado de ebriedad en el que se encontraba; le dije que me disponía a salir con el escritor y él entonces me respondió que nos invitaba a tomar una copa en El Horreo, restaurante-bar que se encuentra en el lado poniente de la Alameda Central.

Me disculpé de no poderlo acompañar pero entonces Juan, siempre tan caballero, me dijo “acompañemos a tu amigo”. Así pues, llegamos a El Horreo. El megaterio del que hablo tenía asignado el nombre de Amín. Al llegar a las puertas del lugar ni siquiera acomodó el lujoso coche en el que viajamos dos cuadras y media; lo dejó a media calle (Dr. Mora) con su placa de poder judicial y ya. Entramos al expendio de espiritualizadores y el sujeto de inmediato ordenó “tres vodkas para tres”. Juan de la Cabada no bebía y sin embargo, dio dos pequeños, brevísimos, minúsculos sorbitos a su vaso. El monstruoso sujeto empezó a dirigirse a nosotros con absoluta falta de respeto (“órale viejito, tómesela”) que terminó irritándome; me levanté de la mesa junto con Juan. El sujeto no quiso pagar la cuenta, ni Juan ni yo teníamos dinero; rasqué en mi bolsillo las pocas monedas que traía, alcancé a librar la cuenta y salimos a la calle con el Amín ese a nuestras espaldas. Gritaba, vociferomanoteaba y hasta llegó a estrellar su vaso sobre la acera. Nosotros, por nuestra parte, aligeramos el paso bajo los gritos del borracho. Al pasar frente a la Pinacoteca Nacional salía de ella la gente que había asistido a uno de los conciertos que allí se daban. Juan me dijo en voz baja: “sólo falta que salga de aquí algún conocido mío”. Terminando de decir esto, casi al unísono, como cinco o seis voces dijeron con entusiasmo “¡Mi querido Juan de la Cabada!”. Con todo y eso las mentadas de madre del abominable Amín eran más poderosas en el centro de aquella desafortunada noche.

Desde entonces, cada vez que Juan y yo nos encontrábamos, él, sonriente como siempre, externaba con voz profunda y cavernosa un: “¡Ay hermano!, ¿te acuerdas de la terrible noche de Amín?” Por entonces estaba de moda un, no por ridículo menos sanguinario dictador africano de nombre Amín Dadá. En efecto, la nuestra había sido “la terrible noche de Amín”.

Tacán-tacán-ché. Ti it man schuqué. Tan-kan-cab. Tireró, jen-jen. Y había más, mucho más, en palabras mayas que Juan de la Cabada recordó para mí y que formaban parte de sus “Incidentes Melódicos del mundo irracional”, publicado por primera vez en 1944, más tarde, ya en nuestro tiempo, si mal no recuerdo, por la Editorial Extemporáneos, y recogido finalmente en las obras completas que le publicó la Universidad de Sinaloa.

Resulta que me encontraba en la elaboración de un cuaderno que recordaría, por medio de diversos testimonios, a Silvestre Revueltas, por entonces tan olvidado, tan excluido de toda consideración en nuestro medio musical y en el

mundillo de nuestra cultura en general. Sumaba testimonios de personajes que habían convivido con nuestro más excelso compositor. Así fue como le pedí a Juan un texto con esas características y él, siempre generoso, me entregó dos cuartillas y media en donde recordaba aquel pasaje en el que se veía una vez más atravesando el Atlántico, compartiendo camarote con Revueltas para ir a ofrecer su solidaridad a los combatientes de la República Española, en nombre de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, de la que el músico era dignísimo presidente. En las dos cuartillas y media Juan recordaba: “En esa ocasión yo acababa de escribir “Incidentes melódicos del mundo irracional” y una noche, durante la travesía, en el camarote que ocupábamos ambos empecé a relatarle la obra con sus líneas musicales. Silvestre permanecía en su litera, recostado sobre sus grandes espaldas, sin ponerme atención aparentemente y sólo emitía un despreocupado ah, ah, ah.

“Pasó el tiempo, y ya en la ciudad de México, tres años después. Silvestre me llamó a su casa para pedirme la historia y los motivos musicales, pues tenía el encargo de una obra para el Ballet de Monte Carlo. Yo había extraviado el manuscrito cuando aquella estancia en Europa, durante un viaje de España a Francia. En un cambio de trenes había perdido hasta el equipaje.

“Asistí a la cita con Silvestre y de un tirón volví a reconstruir la obra que más tarde, en 1944, fue editada con 40 grabados de Leopoldo Méndez. En ese empeño estábamos cuando nos habló Pablo Neruda porque quería que fuéramos a su casa. En la casa de Pablo bebimos largo rato hasta que decidí retirarme; Silvestre se quedó. Al otro día Pablo me invitó a comer a su casa pero Silvestre ya no estaba. Pregunté por él y Pablo me respondió que de pronto había huído del lugar y que no se sabía en dónde se encontraba.

“El día en el que volví a escribir los “Incidentes melódicos del mundo irracional”, fue la última vez que estuve con mi amigo; pocos días después volvió a hablar el mismo Pablo para decirme que Silvestre había muerto”.

Lero, lero y lo dije primero, este no es el juego de Juan Pirulero, este es el gran juego con la vida y la muerte de Juan de la Cabada, el que nos sobrevivirá. Y jugando jugando yo le vi jugar con Mario Orozco Rivera convertidos ambos en dos niños traviesos. Cuando el pintor, de quien puedo asegurar fue uno de los que más han querido a Juan, veía llegar a éste, se convertía automáticamente en un niño para jugar con su amigo. Yo vi jugar a los dos niños como dos hombres adultos; vi jugar a los dos hombres como dos niños traviesos por cuyas vidas había transitado muy buena parte de la vida política contemporánea de nuestro país. Vi a Juan una vez descender del auto en el que viajábamos y como un relámpago de apenas ochenta años de edad dirigirse a la siguiente portezuela para ayudar a salir al treintón Manuel Blanco. El auxiliado ni las gracias dijo; dijo: “me ganó, me ganó, si yo era el que le iba a ayudar, qué lento me vi”.

Es que por Juan no pasaba el tiempo porque él era el tiempo, porque él es el tiempo. Rescato de mis neblinas visuales la siguiente anécdota: Resulta que una vez un grupo de artistas y algunos investigadores en asuntos humanísticos realizaban un viaje por Campeche y llevaban a Juan como su acompañante principal por ser éste oriundo de aquella ciudad. En un momento del viaje uno de los integrantes del equipo se puso mal, aullaba y se retorció y no se sabía si era espuma o el dentífrico de la mañana lo que echaba por la boca.

Asustados sus acompañantes fueron por un médico y el diagnóstico de éste fue que aquel pobre hombre llevaba ya varios meses sin auxilio de mujer. Sabiendo ya cual era el mal Juan de la Cabada se ofreció a dirigir el grupo al sitio en donde podrían encontrar la cura para el agitado enfermo.

Entusiasta nuestro escritor asumió la capitaneía y de inmediato se lanzó a la exploración en busca del auxilio ansiado. Al enfermo lo llevaban a cuestras, retorciéndose; adelante iba Juan, conduciéndolos por callejuelas apartadas, cada vez más sospechosas. Hasta que por fin llegaron al supuesto lugar del remedio. Juan se adelantó, con cara de conocedor tocó la puerta y al poco tiempo apareció el rostro de una anciana que con tono de condescendencia le dijo: “ay Juanito, te volviste a equivocar, no era aquí, era la casa de enfrente... y hace como treinta años que la cerraron...”

Tacán-tacán-ché./ ti it man shcuqué./ Tan-kan-cab./ tireró./ jen-jen./ Ayer, 27 de septiembre,/ enterramos a Juan de la Cabada/ en el Panteón de La Piedad,/ con los puños en alto y cantando./ Cuánto amor cantó ayer/ con la vida de pie, en el cementerio, así relataba su entierro, en un poema que escribí dentro de la ficción de su primera muerte. Aquel niño de 83 años, aquella vez quiso jugar a que se moría y ahora quiere jugar a que no morirá nunca; jugó a las cárceles y jugó a las libertades de las calles manifestantes; jugó a guionista de cine y jugó al gran escritor que fue, que sigue siendo; jugó a campechano y al mismo tiempo a que su patria era el planeta, a que su hermano era Juan Helguera y a que sus hermanos eran todos los pobres del mundo. Así, jugando jugando, nos llevó desde Gogol hasta al santo más cabrón de la pradera. Ahora yo juego, Juan, tú que juegas al talento, a la inteligencia, a la creatividad, ahora yo juego, Tacán-tacán-ché. Tireró je-jen, juego a que en este tiempo y en este espacio, mi tinta, aunque precaria, y más, y más todavía, vuelve a dibujar la salud de tu sonrisa.

EL PAVOR A LOS PAVOROSOS

Fue en un rincón del viejo cuadro de la ciudad en donde se escribió esta historia, llena de pavor porque pavorosos fueron los autores de este capítulo dentro de la vida cultural capitalina. Se trató de un grupo de intelectuales que se amaron y se odiaron tanto al mismo tiempo, que de ellos mismos no dejaron títere con cabeza.

Fue un agudo periodista tabasqueño, Manuel González Calzada, fallecido hace ya algunos ayeres, quien se dio a la tarea de rescatar las anécdotas cabulescas que se suscitaron entre la gente de este grupo y todo ello en el seno de aquel antiguo Café París testigo de todas estas cosas, que en aquel entonces causaron profundas heridas en el alma de los diferentes “esgrimistas” mentales, pero que ahora nos regocijan, quedando a la vista el ingenio pero ya desprovisto por efectos del tiempo, del aguijón venenoso.

El Café París, refugio cavernario de los Pavorosos se encontraba en las calles de Dante, posteriormente cambió su domicilio sobre esa misma calle, haciendo casi esquina con Cinco de Mayo, describiendo más bien una escuadra con su otra salida por las calles de Filomeno Mata, frente al Club de Periodistas. En medio, capturada por esas dos entradas, queda el espacio de la cantina La ópera.

En sus dos locales desfiló a su debido tiempo lo más granado de la intelectualidad mexicana, revuelta con una bohemia a veces alcohólica, a veces nada más cafetera, que de alguna manera poseía el pulso de una nación gestando sus nuevas generaciones de creadores.

La lista de los que hicieron ese tiempo y la fama de Los pavorosos es interminable: por citar a algunos cuantos, habría que recordar a Rubén Salazar Mallén, don Ermilo Abreu Gómez, José Muñoz Cota, Aurora Reyes, Adela Palacios, Magdalena Mondragón, Concha Michel, El tlacuache César Garizurieta, Andrés Henestrosa, Teodorodo Arriaga, Severo Mirón, Margarita Paz Paredes, Silvestre Revueltas, Samuel Ramos, Abelardo Avila, Renato Leduc y tantos otros...

Los pavorosos, artistas de todas las disciplinas, filósofos también, periodistas y alguno que otro vago simpático, se hicieron famosos por su continuo derroche de ingenio, por su sentido satírico, por sus ironías y a la par por sus formas toscas de herir al prójimo... pero también por su indiscutible e inconmensurable talento a toda prueba.

A parte del libro escrito por González Calzada llamado Café París, en el que aborda las hazañas de Los pavorosos, los acontecimientos que se daban diariamente en aquel ámbito, provocaron que muchos cronistas y reporteros de esa época y de tiempos posteriores hayan escrito páginas brillantes recordando lo que fue aquella realidad plagada de humor e ingenio, pero también de muchas ganas de dejar al cristiano adjunto mal parado, mascullando venganzas y rencores ante la broma sangrienta de la que había sido objeto.

Paralela a la existencia de la fama de Los pavorosos, en el Café París corrió la de la Morada de paz, presidida por el odontólogo Daniel Martínez Montes, un robusto bohemio que tenía un corazón del tamaño de su voluminoso cuerpo, y a quien sus amigos conocían también con el sobrenombre de El exodonte.

Casi se podría decir que el material humano que abarrotaba el Café París era el mismo que asistía a la Morada de Paz, consultorio de Martínez Montes que se encontraba en las calles de Donceles, a un costado de donde se ubica actualmente la Cámara de senadores.

A un lado de la sala de espera, a donde llegó a atenderse varias veces hasta el general Lázaro Cárdenas, tras una puerta permanentemente cerrada, de la que el paciente normal nada sospechaba, se encontraba un cuartito bullicioso, lleno de cuadros en las paredes y de versos de los diferentes poetas amigos que ahí llegaban. En el centro había una pequeña mesa y sobre la mesa, invariablemente, una botella de vino.

Los chismes que se fabricaban entre Los pavorosos en el Café París iban a rematar su veneno en el cuartito de Donceles y viceversa. Así fue como la vida de los dos sitios quedó íntimamente ligada teniendo como eje carnal la bohemia de la época.

En cierta ocasión, ante al abuso de alguno de los asistentes, Martínez Montes montó en cólera y corrió a todos de su consultorio. Los corridos asumieron el enojo del odontólogo iracundo y decidieron no volver a poner un pie en el consultorio de donde habían sido tan violentamente arrojados.

El doctor Martínez Montes, pasado ya el coraje, esperó una tarde tras otra a que regresaran sus amigos, pero no fue así y la tristeza le fue invadiendo. Antes de cumplirse los quince días de aquel su enojo, los que cuentan la anécdota vieron la enorme figura del Exodonte entrar al Café París, sentarse en una mesa, y colocar humildemente sobre ella un cartelón que decía con letra garrapateada: “Se solicita bohemios. Morada de paz”.

Entre Los pavorosos se diseñaron bromas que pudieron haber desembarcado en asuntos terribles, como cuando se decidió lanzar la candidatura del muralista y poeta Pedro Rendón a la presidencia de la República, para burlarse de la candidatura formal del licenciado Miguel Alemán.

Si Miguel Alemán llegaba a algún sitio sobre un carro descubierto y entre bandas de música (y de las otras) para promover su campaña electoral, al otro día llegaban las huestes de Pedro Rendón, montado éste sobre un burro trasijado y pronunciando el discurso correspondiente que algún humorista de Los pavorosos (eran muchos) había escrito una noche antes.

“Pueblo de México –decía Rendón haciendo equilibrio sobre el triste y paciente burro- si llego a ser presidente de la República les prometo mandarles a instalar un atoleoducto, esto es con el fin de que no les vuelvan a dar atole con el dedo”.

La broma fue subiendo de tono hasta que un buen día aparecieron en la vida de Pedro Rendón unos hombres mal encarados, pistoleros eran que se llevaron al candidato a una de las márgenes del Gran canal y ahí le amenazaron con darle muerte si no abandonaba su campaña presidencial, porque el señor licenciado no estaba dispuesto a seguir tolerando más burlas.

Entre el Café París y la Morada de paz deambulaba Aurelio Ballagas El fóforo, personaje que se había hecho famoso porque durante las luchas para alcanzar la autonomía de la Universidad, él, jefe de grupos que corresponderían a lo que ahora conocemos como “porros”, había dado muerte a un bombero que comandaba a una escuadra de elementos que con hachas y mangueras atacaban lo que era la Facultad de Medicina, en Santo Domingo. Ballagas, molesto por la agresión salió del inmueble, abrazó al bombero y éste expiró lánguidamente entre sus brazos.

De Donceles al Café París llegó un día, por primera vez, El fóforo Ballagas. Los pavorosos se encontraban en esos momentos en una de sus “tenidas”. Estaban pasando lista: “Adela Palacios... (y un coro de ángeles respondía) Que chingue a su madre...; Salvador Novo... (y otra vez el coro) Que chingue a su madre...; Concha Michel... Que chingue a su madre...; José Muñoz Cota...

Cuando el que pasaba lista llegó al nombre del nuevo miembro del grupo, Ballagas se levantó ofendidísimo y amenazante dijo: “A mí nadie me mienta la madre”. Esto ocasionó que en lo sucesivo, cuando se llegaba a su nombre, el coro celestial guardara silencio. Pasando apenas unas semanas de aquella “muerte civil”, cuando el de la lista llegó al nombre de Ballagas, este se levantó violento y gritó: “Y a mí por qué no me mientan la madre, cabrones”.

Entre Los pavorosos conocida era la anécdota protagonizada por Andrés Henestrosa y el compositor Carlos Chávez, hecho que corrió de boca en boca y que años después recogiera en su libro González Calzada. A mí me la platicó en versión directa, Aurora Reyes, quien fue testigo presencial de los hechos.

Un día, al pasar Carlos Chávez en frente del Café París, Andrés Henestrosa, con toda la “buena intención” del mundo, le dejó caer un lapidario: “Adiós Beethoven...” Chávez, iracundo como siempre fue, regresó sobre Henestrosa propinándole una golpiza de antología.

Frente a aquella ira inextinguible del músico intervinieron los agentes y llevaron a ambos a la barandilla de la delegación que estaba en las calles de Victoria. Al ver el agente del ministerio público el estado en el que había quedado Henestrosa preguntó a éste qué cosa tan grave pudo haberle hecho al otro señor -que todavía bufaba de ira- para que lo hubiera puesto en tal estado.

Henestrosa respondió al punto: “nada, señor agente del ministerio público, mire usted nada más como me puso nada más porque al pasar enfrente al Café París le dije: “Adiós Beethoven”. El ignorante funcionario quedó extrañado y Henestrosa inmediatamente agregó: “si esto me hizo ese señor, ¿se imagina lo que me hubiera hecho Beethoven si al pasar le hubiera yo dicho ‘adiós Chávez?’”

Las anécdotas que surgieron al interior del grupo de Los pavorosos son interminables. Entre ellos todos los días se desarrollaban auténticos duelos de ingenio y de muy bien cumplidas “perversidades. Ahí queda una historia imborrable que seguirá hablando por un México que sigue muy presente en nuestras vidas. De estos intelectuales cabulescos todavía se escuchan sus voces, que podemos reconocer nítidamente.

MÉXICO DE DÍA Y DE NOCHE

Tablada en Excélsior

El cinco de abril de 1937 –nos informa la maestra Pilar Mandujano Jacobo- José Juan Tablada reprodujo en el periódico las protestas de una asociación que aparentemente estaría formándose por entonces y cuyo título era “Camaradas infractores”. Y luego, la investigadora nos muestra la carta que esta supuesta asociación envía al poeta y que éste transmite a sus lectores: “Señor periodista: pertenecemos a una de las industrias más prósperas de esta ciudad bajo la designación colectiva de Gran Asociación Nacional Zaragatera Unidos Activamente (GANZÚA). Trabajamos en silencio y en la sombra haciendo el menor ruido posible y procurando no llamar la atención sobre nuestras personas, tratando de que los pequeños bienes de este mundo tengan un reparto más equitativo. Como usted habrá adivinado somos los lógicos productos de la sociedad mal organizada y por eso rechazamos enérgicamente el apodo un tanto zoológico de “rateros”, que nos dan reaccionarios impúdicos, y no aceptamos sino de mala gana el nombre de “infractores” que nos aplican criterios más ilustrados”.

Escojo inicialmente este fragmento del libro, porque él nos da -reverbero del talento tabladiano- el perímetro del Tablada que viniendo de una formación poética, culta, modernista-vanguardista, (veracidad de entre-siglos), ahora se nos muestra columnista (exorno de sus 30 de siglo XX), periodista en todas sus aleaciones, es decir en una mixtura de talento, cultura, sensibilidad, ironía, actitud crítica y ácreta, intuitiva, como todo buen periodista; informada, como todo periodista bueno; de “mala leche”, como aconsejaba en sus buenos tiempos Renato Leduc; y quién sabe si a las alturas de este párrafo citado, la asociación de facinerosos lo haya escogido a él como el periodista idóneo, por su caleidoscópico letramento o haya sido él –el ahora no poeta, el ahora columnista de diario- el que haya creado en los recodos de su varia inventiva, tal Asociación, o sea que se la haya sacado de su anchurosa manga llena de maravillas para ironizar acerca de los problemas que se estaban empezando a dar dentro de una estructura social con la que estaba en desacuerdo. Una cosa u otra, el caso es que existe un personaje en el centro, con una fuerza magnética que hace que pueda ser posible cualquiera de las dos posibilidades.

La figura de José Juan Tablada siempre me ha llenado de inquietud extrema, demiurgo izado ahí, en la cruz de su dicotomía, me coloca en el ámbito de la ansiosa inquisición. Aunque no es el caso de él, el único del intelecto que en lo cultural se plantea revolucionar las expresiones de su tiempo, que es devorado por el ansia de la renovación, por el inevitable vértigo de la modernidad, mientras que en lo social se planta en la nostalgia de un pasado conservador al que visualiza como el paraíso del Orden, en el que pueden germinar las nuevas ideas estéticas. Novedoso en el arte es pero también reaccio a los cambios e incluso colaborador con los regímenes que representan el pasado, un pasado-presente que el pueblo está pagando con sangre.

Dentro de los símbolos que nos da la cultura y la historia, se alza poderoso, lo que yo llamaría el Símbolo Tablada. Un hombre que está por la modernidad pero que se opone al otro cambio, hasta el grado de terminar siendo arrasado por la caballería del ejército zapatista, que como en un signo de los tiempos, penetra en su casa de Coyoacán y destruye el bello jardín en donde el poeta cultiva sus exquisiteces orientales.

Tablada se va de México en 1914 y retorna de Nueva York hasta 1936. Sale el poeta del país y retorna como si hubiera pasado por el interior de la máquina del tiempo; regresa a encontrarse con otro aire, otro sonido, otro color de las cosas, con la estridencia de los conglomerados, con las movilizaciones agraristas, con la chimenea enhiesta que en su astrágalo aéreo ostenta el flamígero emblema rojinegro. Desmesuras para una mirada que se tendrá que adecuar a esas novedades, a esa realidad que le ha arrojado sobre su realidad la máquina del tiempo.

Para ver a este Tablada en su nueva dimensión necesitamos del auxilio de la pupila del investigador, de la investigadora en este caso, quien nos coloca frente a José Juan Tablada en los años treinta, en la efervescencia del cardenismo, en su trabajo como periodista ya no estrictamente cultural, sino observador de los fenómenos sociales de los nuevos aires. Entonces la maestra Pilar Mandujano se adelanta y nos abre el libro, que como alfaguara de los

tiempos nos hace lermar de las visiones proteicas. ¿Qué nos dice el Tablada periodista de los años treinta?, prístina es la interpretación que hace Pilar Mandujano de los empeños de ese Tablada. Penetra con su visión hasta los recónditos resortes de un hombre que piensa que la salvación está en la cultura, que la ignorancia colectiva es el principal obstáculo para alcanzar la tan ansiada modernidad. La investigadora nos arroja así nueva luz sobre la conflictiva situación.

México de día y de noche se titula este libro escrito por la especializada desde hace años en el tema Tablada. Se trata de una obra editada por el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, al que ella pertenece, en donde interpreta los artículos periodísticos que José Juan Tablada publicó precisamente bajo el título de México de... entre 1936 y 1939 en el periódico Excélsior.

Para ubicar nítidamente a Tablada -el del esplendor porfiriano- en su nuevo contexto, Pilar Mandujano, con detenida pupila observa ese fenómeno político y social, sustancial, que fue el cardenismo y lo pone en nuestras manos a lo largo de 180 páginas. Es sintética y sabia Mandujano en su quehacer, y en el transcurso de su trabajo, con Tablada como motivo central, nos hace un enriquecido despliegue de situaciones históricas, políticas, sociales, culturales, urbanísticas, etc., respecto a la época estudiada.

Al mismo tiempo nos hace partícipes de su minuciosa lectura de Luis González y González, Lorenzo Meyer, Ilán Semo, Richard M. Morse, María Eugenia Negrete Salas, Víctor Jiménez, Wayne Booth, Bajtín, Alan R. Thompson, Kiley, T. S. Elliot, Henry Bergson, Ana Rosa Domenella, Scholberg, Octavio Paz, Jaime Castañeda Iturbide, Marshall Berman, Héctor Valdés, Iván Schulman, Guillermo Bonfil Batalla, Martín Vivaldi, Ángel Rama, Arturo Sotomayor y varios otros distinguidos sabios.

Con todos los elementos en juego Pilar Mandujano nos envuelve en su tejido y nos lleva a su conclusión sobre el personaje tan largamente analizado por ella. Desde muy al principio nos va perfilando su síntesis del protagonista cuando nos advierte en la apenas página 50: “Como Balzac, Tablada describe el espectáculo de una sociedad dominada por las pasiones más primitivas, pero en la cual el heroísmo de unos pocos representa su salvación histórica”.

Habla Pilar Mandujano de la modalidad adoptada por José Juan Tablada, el periodista, “imbricación de las distintas formas de expresión lingüística que ofrece una nueva categoría expresiva: la crónica-ensayo. En sus textos –sigue diciendo Pilar- el autor informa, describe, narra, interpreta, opina y califica. Sus artículos son un compendio de los diversos modos periodísticos: información, interpretación y opinión...” Esto nos lleva a pensar que también él, José Juan, ahora como periodista de su nueva actualidad, se puso a reinventar México, como en su forma violenta – antítesis del poeta Tablada- lo había intentado la Revolución.

Aquí otro juicio angular de Pilar Mandujano: “Si a Salvador Novo, el cronista por excelencia del México contemporáneo, la combinación de la crónica, el ensayo y la crítica lo mostró como un innovador del periodismo mexicano, a José Juan Tablada esta imbricación le permitirá ser, quizás, el más penetrante, incisivo y crítico de su tiempo”.

En una aseveración hecha por Octavio Paz en el prólogo de la antología Poesía en Movimiento se lee que hasta la fecha José Juan Tablada sigue siendo el poeta más joven de México. Esto habla de una mentalidad abierta, fresca, innovadora; ¿cómo entonces en los años 30 seguía añorando la paz porfiriana?, a la respuesta de esa interrogante es a la que nos lleva la inteligente mirada de Mandujano Jacobo. Como en su destino poético, el periodista de los 30 queda enclavado en sus crónicas entre los personajes del modernismo que vivió y los portentos de la modernidad que está viviendo. El nuevo mundo se le convierte en motivo de crónica y él es el enlace. Navegante entre dos luces, ¿o entre dos sombras?, ahora él, el que había dado a conocer a Baudelaire en México, es el poeta asido a la pluma del periodista para intentar el retorno sabiéndolo imposible; pero como nada es absoluto, puede no ser el suyo un intento de retorno, sino por el contrario, con el ideal de la cultura –de su suprema cultura-, ser una crítica de lo

áspero de la nueva realidad, para volverla futuro habitable. Esto nos lo explica Pilar Mandujano en el cúlmine de su libro, convirtiéndolo en la tesis del mismo.

Ella concluye explicándonos acerca del desfase de dos modernidades, adoptando la visión de Iván Schulman al abordar éste el caso Gutiérrez Nájera, la modernidad burguesa como “producto del progreso científico y tecnológico, de la revolución industrial, de las profundas transformaciones económicas y sociales creadas por el capitalismo y la modernidad como concepto estético”; podemos interpretar: la del ideal cultural de Tablada, y la que trae consigo una Revolución como la que conmovió a México al principio del siglo XX, mientras apunta Mandujano: “Es decir, que las relaciones entre las dos modernidades han sido muy hostiles, pero sin que ello impida que ambas formas se estimulen y se influyan”.

Nos habla la autora de la crítica de Tablada al “peligro por la división tan tajante entre los que se encargan de hacer y difundir la cultura, y los que se empeñan por sepultarla”. (En este renglón nosotros, artistas, científicos, intelectuales, investigadores, población en general, sabemos lo que es el poder económico y político para la cultura, lo que ha sido; bien, muy bien que lo sabemos).

En el último párrafo de su libro la maestra Pilar Mandujano nos da la explicación síntesis del personaje que tanto veníamos buscando en sus señales y con ello asienta su tesis y nos deja la enseñanza acerca de uno de los grandes poetas mexicanos que más nos impactan desde el aticismo y aristarquía de su tinta. El resumen-lección se congrega en el párrafo final:

“Es muy probable, entonces, -asienta nuestra autora- que la desazón que parecía advertirse constantemente en Tablada resultaba de su comprensión del desarticulamiento entre lo económico, lo ético y lo estético por siglos en México, lo cual alejaba al país del proyecto de modernidad, con el que se identificaba el cronista. Al darse esa fractura Tablada se sentía en la obligación de luchar contra ella o al menos de evidenciarla, porque quizá era la última oportunidad para la sociedad mexicana de salir de la noche, en la que parecía empeñada en sumergirse. Las posibilidades de acceder a la luz se vislumbraban cada vez más lejanas, y si no se tomaban las medidas adecuadas, advertía constantemente Tablada, se perdería el tan anhelado camino”.

Yo, aquí, quiero cerrar con un rendimiento de admiración por la documentada y amorosa obra escrita por la maestra Pilar Mandujano y con una interrogante muy personal que me sigo haciendo desde el fondo de mis prólogos submarinos, ábraras del posterior encantamiento y caos en el que pretendo rehacerme diariamente: Amo los sistros y olifantes de Tablada,/ con toda el ansia develante/ del nóvedo helicón que nos abisma./ Pero también amo, desde el fondo y hueso/ de esa misma sangre,/ los cascos de la sur caballería/ arrasando con sagrada furia/ su jardín de Coyoacán/ (acto simbólico de la vida viva)./ Entonces, si los dos/ impulsos sanguíneos son veraces,/ ¿a qué estirpe pertenezco?/ ¿cuál es de cierto el astro del que carne vengo?

La maestra Mandujano, Pilar Mandujano Jacobo, con su amoroso y sabio trabajo me ha acercado a una conciliatoria respuesta. Agradezco a ella tal acercamiento, y agradezco a Tablada el seguir viviendo, luz y sombra, sobre estas cosas, nuestras dulces y terribles cosas.

EL INCULTO PERIODISMO CULTURAL

Uno de los signos fundamentales de quienes hacemos diariamente el periodismo cultural es nuestra lamentable incultura, realidad presente en nuestras páginas que si no es más visible y escarnecedora es porque la sociedad toda –y no solamente me refiero a la realidad mexicana- vive situaciones de retroceso y degradación, que hace que el hecho que apunto sea uno más, que se pierde o por lo menos se diluye, en la gran marea de la decadencia.

Tal parece que el mundo entero hubiera dado un salto suicida hacia sus más oscuros pretéritos; que la sociedad mundial hubiera decidido no seguir avanzando, como si le dieran pavor los grados de desarrollo alcanzados y de pronto decidiera regresar sobre sus pasos a encontrarse con las expresiones más primitivas de la música, con una literatura facilona, con una pintura caótica, como si fuera cercano, muy, el fin del mundo como consecuencia del desarrollo del pensamiento alcanzado por el hombre en su trabajo leal desde las más antiguas civilizaciones.

Así vemos como en lo cultural y en lo político el ser humano ha decidido trazar una trayectoria involutiva y que asume este proceso como lo más lógico, como lo más natural. Políticamente se decide retornar a esa tragedia sociopolítica que significa el neoliberalismo; se destruyen por propia mano los ensayos realizados en el planeta para el logro de nuevas sociedades más humanitarias y equitativas; en algunos casos se ha llegado hasta el extremo de retornar a evocaciones monárquicas.

Se levanta, contra postulados socialistas, que en estos “ligeros” tiempos han dejado de estar de “moda”, los estandartes de la “democracia”, identificando a ésta con las atrocidades de un capitalismo sórdido que ha diezmado pueblos y naciones. Pero el mundo se dispone hacia sus nuevas metas, que son viejas y que desde el siglo XIX bien demostraron su ineficiencia y su abusiva distribución de riqueza y de poder.

En los terrenos del arte hablar estrictamente de una vuelta al pasado puede ser injusto, en el sentido en que es impropio identificar lo hecho en otros siglos con la ramplonería que domina en muchas de nuestras expresiones actuales. Más bien, producto de los grandes pasados somos y lo innoble es desatendernos tan a la ligera de las grandes herencias y avalar este decadentismo por medio de la crónica, la crítica, el reportaje.

Pareciera ser que se vive en la era de lo vacuo y todos contentos. La imaginación y la profundidad ceden su sitio a la superficialidad, a la elementalidad, y aplaudimos, como si los esfuerzos mentales se hubieran agotado, y justificamos, como si la pereza mental fuera el patrimonio de nuestro tiempo, y reseñamos, y nos acomodamos a que ese es el mundo y que el mundo está bien.

¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Existe una fatiga real del pensamiento colectivo, un agotamiento que nos lleva por los caminos del facilismo, que nos mueve a coronar la simplificación con los laureles de nuestro consenso histórico?

Vivimos en el centro de un enorme deterioro, esto es innegable, y a él, desde hace ya bastante tiempo, han ayudado eficazmente los medios masivos de comunicación. De esa enorme falla tendrán que responder ante la historia y con ellos, con los medios, también tendremos que responder nosotros, los que les damos movimiento, ser social, los que los convertimos –conciente o inconscientemente- en arma apuntada en contra del desarrollo social.

Dentro de un estado de números rojos en el que se mueve nuestro medio de la cultura, el periodismo cultural, al igual que el periodismo dentro de las otras áreas –imagen y semejanza, pues- no propone, no crea, no construye, se suma dócilmente a la bancarrota social y no sólo eso, sino que la incrementa con su acción, ayuda a su instauración plena al abonar con su trabajo diario los “valores” sobre los que se basa nuestra dinámica social.

Por desgracia el periodista cultural, en la mayor parte de las experiencias no discierne, se suma sin más; no pone en tela de juicio las escalas de la mediocridad, las asume en algarada estrepitosa. No hay una conciencia crítica porque la visión del periodista cultural está moldeada también dentro de la cultura "light" predominante.

Si bien es cierto que los medios de comunicación deben tener como función el servir a la sociedad, el periodista cultural, como parte vital de esos medios sirve a esa sociedad, pero le sirve en la reafirmación de sus mediocres esquemas, no se atreve, porque muchas veces tampoco cuenta con las armas para ello, no se lanza a intentar la transformación de tales cuadros.

En los principios de la prensa en México, el periodista procedía de una formación empírica; era intuitivo, sagaz, quizá más que ahora, porque su condición, su estructura, a ello lo obligaba; pero de pronto, en el trajinar profesional, esa formación de periodista se encontraba frente a escollos a veces insalvables que dejaban al descubierto que no todo es producto de la intuición y la sagacidad, que la sensibilidad requiere también de otros apoyos estructurales.

A aquella primera época romántica del periodismo le ha sucedido ésta, la de los periodistas egresados de las aulas, los instruidos en hálito de academia, los que fueron formados dentro de los beneficios del método y de la información científica; se entró así a la era de los reporteros comunicólogos.

Mejor no ha sido, porque los resultados son consecuentes con el tipo de estructura que se prodiga en nuestras instituciones de estudios superiores. Estas instituciones crean profesionales que tienen que responder a sus proyectos, a sus esquemas, al espíritu con el que han sido elaborados los diferentes planes de estudios.

En estos paraísos del neoliberalismo abanderado de la “democracia”, es natural que las fuerzas rectoras del sistema impongan planes académicos que respondan a las necesidades de crear cuadros para que sirvan con eficiencia a las propuestas socioeconómicas de ese sistema.

Lo que vemos en los planes de estudio es una objetiva deshumanización que convierte al hombre en una máquina más, en sólo otro número abonado al proceso de producción. Lo que importa es crear maquinarias que produzcan ciegamente o bien seres desprovistos de conciencia de su entorno social y de su función dentro de ese entorno.

Para el simple hecho de producir el pensamiento estorba, no sólo eso, sino que se convierte en una fuerza poderosa que en un momento dado se puede poner en contra de los afanes de acumulación de satisfactores y de bienes monetarios junto al poder político que representa a ambos.

De ahí esa actitud tecnocrática que vienen asumiendo instituciones educativas –el hombre sirve para producir no para pensar- en detrimento de una real formación humanística que nos haga encontrarnos con los verdaderos valores del hombre y que obtengamos así nuestra verdadera ubicación en la historia moderna.

Ese hacernos aptos para producir y no para pensar, ese grosero utilitarismo para el que nos preparan, ese vacío de conciencia programado se manifiesta en una dolorosa ausencia del conocimiento del hombre y de la sociedad en la que se mueve; nos convierte en un batallón de ignorantes, en una fuerza ciega que sabe mover la tecnología pero que desconoce su pasado y su presente y está incapacitado para atisbar su futuro humano, por lo tanto es fuerza que crea utilidades para los poderosos pero que es incapaz de transformar la historia.

Si este lamentable cuadro lo transportamos a la práctica periodística lo que obtenemos es justamente el vacío en el que estamos viviendo y que se manifiesta en un sinnúmero de expresiones del deterioro. El periodista de cultura, como el resto de los profesionales del país, es inculto, pero en este caso específico, establecemos una contradicción inadmisibles por ridícula. ¡Un periodista de cultura inculto! ¡Y lo somos!

Esto se manifiesta todos los días de nuestra profesión, desde la dirección del medio hasta el trabajo del más humilde reportero, desde nuestro amarillismo hasta la irresponsabilidad con la que manejamos figuras y valores. La falta de criterio para sopesar el hecho cultural que constituye nuestra materia informativa, está ahí, presente siempre.

Los medios no proponen, se suman y siempre, a lo que la burocracia cultural del país impone desde su poder político, una vez que ya hizo su trabajo la máquina de críticos, dóciles en su gran mayoría a ese tipo de intereses.

Lo más lamentable es sumarnos incondicionalmente y eso es lo que hacemos a diario desde nuestro precarísimo sentido de lo que debe ser la noticia. Así hemos contribuido a hacer las “vacas sagradas” de la cultura mexicana y después de ayudar a fabricarlas nos postramos de hinojos ante la cuadrúpeda deidad.

El periodismo no le da espacio a una cultura alternativa por que ésta no es noticia, porque carece de los ribetes sensacionalistas que nos han hecho creer que es lo que vende el periódico. Y no nos causa la menor mortificación que esto suceda, para ello fuimos formados en la insensibilidad, en la falta de una visión profunda del hombre.

Qué oportunidad puede tener el desarrollo cultural de un país si la fuerza creativa y la imaginación quedan desplazadas por anónimas ante los intereses de los grupos de poder cultural tan aliados a los grupos del poder político, y ellos sí dueños de los reflectores y de la caja de resonancia que es la prensa en sus modalidades escrita y electrónica.

Desde esta perspectiva nuestros medios se encuentran en el mismo nivel degradado y degradante que el resto de los rubros de nuestra vida nacional; sólo que en nuestro caso, por nuestra calidad de “informadores” (aunque le tengamos que poner a esta palabra dolorosísimas comillas) el hecho se vuelve mayormente preocupante.

Ante el concepto que tenemos del periodismo y de la noticia, qué importancia puede tener para nosotros -por ejemplo- el nombre de esa gran mexicana Aurora Reyes, una de las poetisas de voz más rotunda de este país, pero además la primera pintora muralista que hubo en México, que importancia noticiosa, repito, podría tener para nosotros frente al rebumbio que se hace diariamente en torno de gente menor a la que acostumbramos rodear de reflectores y cohertería porque son figuras con “mercado”, mercado que nosotros mismos, para nuestras vergüenza, hemos ayudado a construir. Menciono a Aurora Reyes como puedo mencionar la infamia que se cometió durante tanto tiempo con Silvestre y José Revueltas, como se comete con Enrique González Rojo, como se comete con todos esos elementos vitales de nuestra cultura que no fueron favorecidos por el poder y por lo tanto por la crítica servil.

Pero si supiéramos lo que Aurora Reyes representó para la cultura de México, estaríamos aptos para ayudar a que nuestro pueblo asumiera orgulloso lo que legítimamente le pertenece, a la vez de que estuviéramos educando (o ayudando a educar, a informar si se quiere) estaríamos invirtiendo la absurda escala de valores que en la actualidad sostiene nuestro periodismo sensacionalista pero vacuo.

Con otra estructura, la ignorancia nos daría remordimiento, ahora nada más nos da más ignorancia, representada en la irresponsabilidad con la que seguimos aplaudiendo lo establecido, porque “es la noticia”, sin importarnos cómo se llegó a tales establecimientos.

En dónde están los que hacen todos los días la cultura popular mexicana; los que la hacen no son noticia, no salen en la televisión ni han obtenido tal o cual beca rimbombante, no han expuesto en Nueva York ni han dado un recital poético en Barcelona o París. Un periodismo trascendente sería el que atendiera esos asuntos y los otros, con la misma preocupación de desentrañar verdaderamente el tiempo mexicano. Bajo la idea de que la fama es noticia los periodistas culturales hemos creado y alimentamos cotidianamente un medio en el que son posibles personajes menos que mediocres puestos a ocho columnas de nuestra inconciencia, mientras alejamos cada vez más a nuestros lectores, incultos también, y en gran medida por nuestra culpa, de lo que es la verdadera esencia del arte contemporáneo mexicano. Todo esto lo hacemos sin la menor pizca de remordimiento, y es que, perdónanos Señor, tampoco nosotros sabemos lo que hacemos.

Por estos días un adolorido poeta escribió una carta de protesta por el despojo del que dice haber sido objeto en su provincia natal y acude al gobernador de su entidad invocando ligas amistosas y exigiendo que se le haga justicia. La carta se publica en un suplemento cultural y al siguiente día el responsable de la sección se toma la atribución de regañar al poeta quejoso por su lamentable acogerse al poder político, al que le pide el favor de la justicia.

Y pienso que el hecho era como para que el poeta le reclamara a su vez al regañador: “y tú, por qué me regañas, si ustedes los periodistas nos han enseñado que si no hay fama no somos noticia, no somos nadie, y ustedes los periodistas también nos han enseñado que la fama sólo se consigue en el matrimonio con el poder; eso nos lo han enseñado ustedes con sólo revisar diariamente quiénes son la noticia de su periodismo”.

Un periodista cultural debiera convertirse, aunque fuera mínimamente en un teórico de su materia, dado que su función además de informar en la pretendida reducción escueta del concepto, debiera ser la de descifrar y actuar en consecuencia, señalando las imposiciones estéticas que crean los cuadros intelectuales de un sistema socioeconómico tan bárbaro, brutal y deshumanizado como lo es el neoliberalismo que en estas fechas tanto nos pregonan.

Así, es cierto, la labor del periodista cultural sería doblemente compleja, pero habría que asumirla si se pretende ser y formar a verdaderos hombres de su tiempo. Primero tendríamos que estar aptos para saber cuál es el verdadero origen y a qué y a quiénes sirven las diferentes corrientes estéticas que el neoliberalismo impone a la sociedad favoreciendo a un tipo de artistas y sepultando a otros; posteriormente, ya dueños de ese conocimiento, el segundo grado de complejidad consistiría en dejar de ser un simple instrumento de cierto tipo de información y convertirnos en hombres reales, con un compromiso definido, jugárnosla, pues, en función del hombre y de su historia.

César Vallejo nació un día en el que Dios estaba enfermo, grave, y el terrible sino del poeta fue heredado por los pobres de este continente. En México y por la cercanía con Estados Unidos, esa enfermedad ha alcanzado grados incommensurables; el deterioro en lo cultural es uno de los más agudizados. Entre los poderosos de afuera y los de adentro se nos han impuesto patrones culturales que nosotros hemos aceptado y promocionado dócilmente.

Las expresiones culturales que vivimos y en la que nos vemos los periodistas cada día, tienen más de ficticio que de reales, están basadas en una imposición de los poderes externos y propios y a ello respondemos con la indefensión teórica, es decir, con nuestro desconocimiento, dispuestos a aplaudir a la estrella en turno, porque ella representa “la noticia”.

Si hubiera un conocimiento previo, una sólida preparación teórica, nuestro mismo destino como trabajadores sería otro. Impondríamos un mayor respeto en nuestras relaciones trabajador-empresa y le daríamos un inapreciable servicio a nuestra sociedad. Seríamos profesionales cabales, como lo requiere y le urge a una sociedad vendada y amordazada.

Así como están las cosas, somos incapaces de denunciar a grupos de poder que desvirtúan los hechos culturales del país y sí muy capaces, como le sucedió al indignado poeta de nuestro cuento, de ponernos en contra del que denuncia. Con una mayor formación de nuestra gente que labora en la “línea de fuego”, hubiera mayor fuerza moral para señalar a nuestros directores sus “errores” de interpretación de nuestra realidad cultural e imponernos al “no publicamos esa crítica a tal o cual figurón porque no nos vuelve a dar otra exclusiva”, es decir, evitaríamos ese tipo de complicidades, formas, quiérase o no, de corrupción.

Porque no tenemos fuerza para enfrentar estas cosas, porque las hemos aceptado sin más, no tenemos tampoco respuesta ante las majaderías de “divas y divos” ante el temor de “perder la nota”, porque si damos la media vuelta y nos vamos como respuesta a la grosería, otros –falta de cultura, falta de ceñimiento gremial- nos ganan la noticia. Entonces, nos capacitamos diariamente, no nos queda de otra, para aguantar la leperada de los divos, cincelandos así, de manera cotidiana, nuestra propia “cara dura”.

A través de los medios de comunicación, de la entrega de intelectuales nativos en pos de privilegios personales, de la total indolencia de los gobiernos del Sur y hasta de las organizaciones de izquierda de la región con relación a la cultura, a ese Sur se le está golpeando de muerte en el centro de su fuerza, en el eje fundamental de sus resistencia, y eso el periodismo cultural no debe permitirlo.

El territorio y su mentalidad adquieren –como una de sus tantas formas- la representación de Ixchel, la diosa de la fertilidad del panteón maya. El territorio y su concepto aéreo, ya como unidad, crea bienes sociales en dos direcciones: lo objetivo y lo subjetivo.

Nosotros, los hijos de Ixchel, por nuestra parte, hemos malentendido los beneficios de la madre dadora. Estamos sobre el vector objetivo de tal fecundidad, en él creamos, creemos, crecemos. Hemos abandonado conciente –más bien, inconscientemente- el otro polo de la energía; sordos y ciegos, hemos buscado el utilitarismo inmediato a la dádiva, la acrecentamos únicamente en uno de sus sentidos; somos los que rompieron la armonía. Ahora bien, en medio de este caos se pierde la visualización original; entonces, ¿quiénes resultan ser finalmente los verdaderos hijos de Ixchel, la generadora?

Parfraseando: la historia de la cultura en México, hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases. Artísticamente, científicamente, socialmente, los hijos de Ixchel son los que siempre han estado cerca del poder político y económico, los mimados (no gratuitamente) por tal poder, todo lo demás existe a duras penas, cuando no muere por inanición, en abandono absoluto por un gobierno padrastró y por una prensa buscadora (y prohijadora) de famas y sensacionalismos. En esta lucha los artistas que no pertenecen a la alta burocracia del país son artistas a medias; el pueblo es solamente masa. En la cultura, al igual que en la política y en los toros, también existe la casta de los juniors; pobre de aquel que no fue el hijo de... o de... o de... Esta casta de burócratas y juniors es la que termina imponiendo su peso a la hora de la evaluación histórica. En esta lucha de clases han sido el pueblo y sus intelectuales a quienes ha tocado ser los hijos en bastardía de la madre Ixchel.

Si el patrimonio cultural –que termina exigiendo la instrumentación de una política cultural que no existe en nuestro país- se forma con los satisfactores en ese giro debidamente seleccionados entre lo del pasado y lo del presente, cabría preguntarse en manos de qué grupo y de qué intereses queda la responsabilidad de esta selección; por lo tanto, bajo qué criterios se realiza y qué dirección se le imprime; a qué contextos va a dar pie. Dentro de la selección qué queda dentro y qué fuera. Hasta dónde puede dañar o enriquecer el hecho al real patrimonio cultural.

Nuestro país no posee una cultura sino un mosaico de culturas que no hemos sabido integrar hasta la fecha, tomando y reafirmando las enseñanzas de sus verdades eternas, lo que nos habla de la no existencia de políticas culturales adecuadas, con una aplicada conciencia de la diversidad hacia un objetivo humano común.

Somos un país con grandes desigualdades sociales y económicas, conformado por una población habitante de vastas zonas pauperizadas. Existe un Estado que desde el hecho de la Revolución Mexicana se ostenta en su discurso como el armonizador de las diferentes clases sociales que componen el mosaico, lo que no va más allá de la quimera.

Finalmente, hay una clase determinada en el poder, un poder con el que va a atender principalmente sus intereses; un poder que va a aplicar los conceptos de esa clase en materia política, económica, social, en materia de cultura. De ahí el fracaso en lo general de sus políticas culturales con las que trata de implantar y fortalecer su concepto nacionalista que finalmente resulta parcial. En lo sustantivo, los intereses nacionalistas del Estado y su clase en el poder terminan siendo diferentes a los intereses reales de la nación. ¿Qué es lo válido? ¿Qué es lo marginado y por qué?

Ante un panorama como este ¿cuál es el papel que debe jugar la prensa, tanto impresa como electrónica? Quizá el rescate de los medios para ponerlos realmente al servicio de la población tenga que venir de los propios trabajadores de esa prensa, y para ello se requiere de un profundo trabajo de concientización entre nosotros mismos. Habría que enseñarnos primero a nosotros mismos, y después enseñar a nuestros directores que no sólo la fama es noticia, que hay valores profundos en las entrañas de nuestra población que están esperando su hora para la transformación del país hacia el tutelaje de su futuro. Qué bueno que el periodismo cultural fuera el feliz partero.

Por el momento Quetzalcóatl, la fuerza prehispánica de la sabiduría nos observa con un solo ojo, el otro está torcido y en él se le pierde la mitad de la vida. Con un ojo margina, con el otro da luz. Así nos administra su sapiencia el

gran tuerto. Quetzalcóatl debe recuperar lo que le falta de vista. Los hijos de Ixchel exigen una política cultural y dentro de esa misma realidad, un periodismo cultural congruente, que sirva de terapia intensiva al de los ojos délicos; todavía se le puede salvar la vista. Asumamos la responsabilidad los periodistas culturales de convertirnos realmente en la conciencia de nuestro tiempo.

EL EXCLUSIVISMO, CÁNCER DEL PERIODISMO CONTEMPORÁNEO

En nuestros días el planeta ha reducido considerablemente su extensión debido al desarrollo de la electrónica y la tecnología en general. Dentro de este contexto los medios de difusión se han perfeccionado en tal medida que cualquier suceso óptimo o adverso para la sociedad viaja distancias impresionantes a una velocidad no imaginada por mortal hace apenas un par de centurias.

Dentro de una diferencia de horas, de minutos, sociedades que viven en otras latitudes se enteran con sólo oprimir un botón, del nuevo descubrimiento, del nuevo “milagro” tecnológico o de un atropello más del club de los poderosos en afrenta a los pueblos con gobiernos débiles (muchas veces los pueblos no tienen los gobiernos que merecen, son determinadas circunstancias históricas las que mantienen transitoriamente en el poder a las pandillas voraces, usufructuadoras de la representatividad nacional).

Con sólo oprimir un botón las lejanías son tramontadas, se captura la noticia y se conceptualiza su significado; la información acerca de una nueva obra artística se hace propiedad comunitaria o bien el conocimiento de los asesinatos que los propios gobernantes perpetran en contra de sus pueblos, de sus intelectuales, de sus periodistas, para preservar el despojo y la injusticia social, plataformas sobre las que levantan su poder y su vesania.

Así como Gracilazo lleva el renacimiento italiano a España; así como Sor Juana da cima al gongorismo en la América Septentrional; así como otros muchos actos de comunicación humana han ejercido influencia en el pensamiento colectivo en diferentes épocas y ubicaciones, los grandes adelantos tecnológicos de la actualidad (a partir de la invención de la imprenta, el desarrollo en materia de comunicación social ha sido vertiginoso) a través de sus respectivos complejos funcionales impactan y modifican las conductas de los individuos, con la diferencia de que en los casos primeramente mencionados se requería de toda una vida entregada a la creación de una obra y en el presente el hecho se desarrolla a una velocidad increíble en apoyo, en la mayoría de las ocasiones, a oscuros intereses políticos, y en ayuda para condicionar los modos de existencia y expresión de millones de seres. La información se masifica y la calidad de la misma o/y la forma se pluralizan hacia las más disímboles direcciones.

Como parte de ese complejo funcional surgen las agencias informativas, encargadas de darnos una imagen (su imagen) del mundo. Se trata de poderosas empresas que se valen del desarrollo técnico de nuestros días para explotar el hecho noticioso y participar en la conformación de la conciencia colectiva contemporánea.

El desbocado desarrollo de la tecnología, toma un sentido en manos de estas grandes empresas, un sentido que en muchas ocasiones, con su juego de espejismos intenta descarrilar la lógica del desarrollo histórico. En gran medida el pensamiento ciudadano queda a expensas de este poder que ha extendido su red por todo el planeta, una red que va desde los grandes intereses metidos a deformar los significados de los hechos noticiosos hasta la formación de cuadros y normas que fortalezcan la existencia y los sistemas de estos monopolios de la información.

La necesidad implanta sus leyes, las leyes adecuan el elemento humano que va a servir a sus fines. La manipulación que las grandes empresas noticiosas ejercen sobre la difusión de los hechos sociales y culturales crea sus normas y para imponerlas diseña sus métodos de enseñanza. En esa forma, los poderosos monopolios de la noticia se convierten en escuela, es decir, crean los esquemas de formación en los que mucha gente va a aprender cómo se consigue, se textualiza y se difunde una noticia, siempre respondiendo, desde la universidad o la escuela especializada al ideal que las empresas noticiosas han impuesto.

En esa forma nos encontramos con que uno de los mitos más peligrosos y mayormente difundidos en la enseñanza y en la práctica del periodismo, es el de la nota exclusiva. Si las poderosas empresas noticiosas han creado el sistema ideal de enseñanza en el tratamiento de la noticia y su consecución y si este sistema está creado para la deformación de la realidad y el sometimiento de nuestra conciencia ciudadana a los designios financieros enderezados en contra de nuestros pueblos, de nuestra cultura y por lo mismo, de nuestro futuro, combatamos los preceptos de enseñanza que nos han impuesto, combatámoslos como una manera eficaz de contrarrestar el mal espíritu que les anima.

Al mito de la “información objetiva”, entiéndase por esto la difusión de la noticia desprovista de carácter social, popular, sin compromiso cívico, con lo que únicamente se viene a fortalecer a los poderosos, a gobiernos irresponsables, a los dueños de los grandes capitales, se viene a sumar el mito de la nota exclusiva.

El nefasto mito de la nota exclusiva lo único que viene a propiciar es la desinformación de la sociedad, la destrucción del sentido gremial entre los periodistas y el fortalecimiento de la explotadoras empresas periodísticas.

En todas las escuelas de periodismo existentes, se coloca a los alumnos frente al mito de la nota exclusiva, tótem magnificado del periodismo contemporáneo al que se rinde culto ciego, pero no, más bien tuerto y convenenciero. La nota exclusiva genera áreas de desinformación y hiere de gravedad al periodismo y a los periodistas en el centro del binomio valor emisor-valor receptor. Sin embargo, no existe escuela de periodismo en donde no se hable de la nota exclusiva como motor fundamental de la prensa diaria y en donde no se induzca a la mente de los alumnos hacia esa práctica. Nada más negativo que el espíritu que la alienta.

El periodismo es una de las actividades fundamentales de la vida moderna. Para que su práctica sea real. Se requiere de la participación de los tres elementos que la conforman: la empresa periodística, el periodista asalariado y el público receptor.

Entre los dos primeros elementos se crea la relación patrón-trabajador y ante ésta la nota exclusiva cumple con el papel de dar los elementos para la represión en contra de la clase laborante, una vez que el trabajador ha perdido la nota exclusiva que ganó la competencia. El que un periodista gane una nota exclusiva le da un pasajero, fugaz reconocimiento ante la empresa que lo explota, mientras provoca, por otro lado, una división deplorable y un sentido de competencia inútil entre los demás compañeros que integran su gremio.

Mientras tanto, se está actuando con una patente falta de profesionalismo ante el tercer elemento, el público receptor, el que queda capturado por avatares de una competencia dañina, sin probables armas de defensa. Un periodista, el más hábil que pudiera existir sobre la tierra, no siempre estará en condiciones de obtener la principal” para su medio, ya que tal hecho está sujeto a un complejo de circunstancias que tienen que coincidir para que el hecho se de.

El día en el que nuestro sujeto de demostración obtenga la noticia principal los lectores de su medio tendrán una información más completa que los receptores de los órganos que perdieron la noticia. Si tomamos en cuenta la gran cantidad que existe de órganos informativos, nos percataremos del número de personas que perdieron la información principal del día.

Los medios –prensa, radio o televisión- que ofrecen a su público la exclusiva obtenida por sus reporteros le niegan a su mismo público la exclusiva que obtuvo la competencia y en esa forma se da a los lectores, televidentes o radioescuchas, una información deficiente, parcial, disfrazada por el supuesto triunfo de la mayor eficacia. De acuerdo con este punto de vista, la citada es una de las poderosas razones por las que la nota exclusiva no debe existir.

En un mensaje que la NBC envía a sus reporteros se lee: “NBC cree que lo mejor que se puede hacer con la etiqueta de “exclusiva” es erradicarla totalmente... El concepto es teatral, autocomplaciente, con frecuencia impreciso, además de inmaduro e innecesario (---). En el caso de presentarse circunstancias poco comunes alrededor de la forma en la que un reportero obtiene alguna información sustantiva, lo más probable es que la naturaleza de esas circunstancias sea análoga al valor de la propia información. Sólo si la fuente nos obliga a no revelarla, entonces es aceptable decir: “En una entrevista de NBC se supo...”

Todos los órganos de difusión deben tener acceso a la misma información, sobre todo si ésta es de vital trascendencia para el país o para los sectores en los que esos órganos ejercen influencia.

Mentira que en esas condiciones el periodismo resulte uniformado; cada órgano posee su propia línea, tiene y mantiene su propia posición ideológica, lo cual le da al tratamiento de la noticia un carácter diferente en cada caso. El receptor busca en el medio de información al que tradicionalmente acude, la interpretación del significado de la noticia que le interesa desprovisto del temor de haber quedado fuera de la nota exclusiva ganada por otro órgano dentro del oscuro juego de rapiña, creado a imagen y semejanza de la más pura esencia del capitalismo.

Como se ha visto, no es cierto que si hubiera una mayor coordinación entre los asalariados-periodistas, todos los periódicos saldrían iguales y los medios por lo tanto perderían interés para el sector receptor. Cada medio sustenta una ideología y la noticia es tratada dentro de su particular posición y punto de vista. Esto proporciona una gran diversidad de enfoques de una misma información. Con ello se cumpliría más con el público y se le proporcionaría a éste una información total, a la que tiene derecho y por la que, finalmente, paga. Se subraya: el receptor estaría mayormente informado, no habría perdido la noticia ganada por los otros medios y tendría en cambio variados enfoques del hecho noticioso que le ayudarían a desentrañar los fenómenos sociales, políticos y económicos del mundo en el que está viviendo.

El otro punto reprobable de la nota exclusiva es la competencia descarnada, irracional a que son sometidos los reporteros por parte de las empresas periodísticas, hasta el grado de que los mismos periodistas, viviendo todos los días sobre la tabla de la zozobra han terminado por denominar el hecho de ganarse la noticia los unos a los otros, con el muy ilustrativo neologismo de “chacaleo”, el verbo chacalear, así de representativo, ha acrecentado el argot periodístico con un sentido abominable. El periodista azuzado por la oportunista empresa periodística se convierte en un chacal, pronto a chacalear.

En esta práctica de desinformación para el lector, el escucha o el televidente, el periodista inconscientemente abate el sentido gremial de su profesión. Todos son enemigos de todos. Cada uno es el chacal del otro, hecho que beneficia a las gordas empresas de la información. El trabajador se convierte en enemigo a muerte de su hermano trabajador; el hermano de clase y de profesión, está pronto día con día a asestar la puñalada en la espalda de su hermano. Caín inicia el día ideando la mejor manera de aniquilar a su Caín mientras la empresa mantiene en alto la espada que dejará caer sin compasión sobre el Caín que haya perdido la noticia de ese día.

El juego de siempre con su maldita estructura; por un lado, la empresa poderosa explotando, exprimiendo al trabajador, creándole cuadros de pavor e inseguridad; por el otro, la clase trabajadora destruyéndose entre sí para favorecer irracionalmente a sus propios explotadores.

El tercer daño que causa la nota exclusiva, al que llamaré la tercera gran derrota del periodismo contemporáneo es la censura y la autocensura que esta nota exclusiva facilita, mediatizando en esa forma lo que debería ser una información veraz y oportuna, mayormente reclamable en una sociedad en la que los acontecimientos se dan dentro de un vértigo tal que la confusión, al no tener una explicación detallada de los acontecimientos, crea lo que aquí denominaré el caos de la opinión pública.

Dice Raúl Rivadeneira Prada en "Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación" que censura y propaganda son elementos inherentes a todo sistema sociocultural y agrega: “La imprenta de Gutemberg nace como instrumento maravilloso para la propaganda, pero como arma diabólica a la que se opone todo el arsenal de la censura”.

De esta realidad surge un necesario control de la imprenta por parte de quienes dirigen los intereses políticos o económicos de los países. Sin embargo la necesidad de comunicación que tienen las sociedades han hecho que mediante la instrumentación de las llamadas leyes de imprenta se ganen mayores espacios dentro de la requerida “libertad de expresión”, aún sobre la intencionalidad de leyes tramposas que continuamente tratan de imponer los gobiernos.

Pero, esa libertad de expresión que el texto de la ley establece, sobre el campo de los hechos es enfrentada por un sinnúmero de vicisitudes que en la mayoría de los casos no alcanzan a ser superadas. Si no existe una censura legal (aunque sobre el terreno de los hechos seamos testigos de cómo se persigue un programa radiofónico en el que se expresa libremente la ciudadanía o cómo un caricaturista de una revista semanal, debido a sus punzantes críticas es pasado de la primera página que se le tenía asignada a páginas interiores, por “necesidades técnicas”), si no existe una censura legal –decía- ésta es promovida mediante diversas prácticas que van desde el soborno, la iguala o el “embute” hasta el mismísimo asesinato de periodistas.

La selección de noticias, la manipulación de las mismas, la intención “moral” de ciertas entregas, la verdad a medias, la escritura entre líneas, son algunas de las formas como se lleva a cabo la censura en los medios de información. Entre más perfeccionados son éstos, las formas de limitación son más efectivas.

Así es como ha crecido –tangencialmente al precepto legal- la censura y la autocensura en los medios precipitando a la ciudadanía hacia otro terrible mal, consecuencia directa del aquí tratado, el rumor. En una sociedad mal informada o informada a medias, la necesidad frustrada de desentrañar el significado de los hechos y de conocer plenamente los hechos mismos, termina por generar el rumor, entorpeciendo y deformando la correcta y sana convivencia social.

Mientras tanto las universidades –al servicio del régimen que las mantiene- las escuelas especializadas de periodismo, los órganos de adiestramiento periodístico, continúan quemando incienso, elevando actos de consagración a la bestia inmaculada, la nota exclusiva, la que tramposamente, como trampea siempre el sistema del capital, ofrece la ilusión de una información veraz y oportuna y en su esencia sólo da a la sociedad una lamentable desinformación en su intento de capitalizar la ausencia de un mejor conocimiento de la realidad.

Con la “objetividad en la noticia”, la “nota exclusiva” y muchas otras trampas que las grandes empresas periodísticas y las agencias de noticias extranjeras, sostenidas y defendidas por las metrópolis agresoras se ha venido deformando el rostro real de nuestro tiempo.

¿En donde se debe atacar el mal?, en los esquemas de formación que se imponen a las nuevas generaciones que se harán cargo del manejo de los mass media; esa será una forma efectiva para intentar la neutralización de las agencias extranjeras y obligar a las empresas nacionales a dar mejor servicio a la sociedad.

Si los sectores sociales más conscientes empezaran a trabajar en este sentido, se ayudaría a crear las condiciones para el saludable cambio, por remoto que parezca en nuestros días. Por lo menos tendríamos mayores armas para enfrentarnos a la acción corruptora que trae a nosotros datos falseados, deformaciones que se vienen a unir a la autocensura que de por sí se aplican los órganos informativos cuando no los propios reporteros para crear el ámbito de la desinformación.

Habría mayores posibilidades de que los obreros independientes pudieran ver expresadas sus demandas; de que campesinos e indígenas tuvieran mayores formas de defensa frente al asesinato propiciatorio del despojo; de evitar una mayor deformación de nuestra imagen hacia el exterior; de que compañías televisivas mintieran menos con respecto a los pueblos que luchan por su libertad en otras latitudes; de que no se pusiera en la misma balanza a otras naciones junto a la rapiña estadounidense cuando se habla del desarme mundial y de situaciones que ponen en peligro la paz mundial; que se tuviera mayor respeto a la ciudadanía, la que merece una mejor información acerca de su presente y de las perspectivas de su destino.

“Ya que este tiempo ha creado una indeterminable fuerza de destrucción –dice José Lezama Lima- hay que crear una indeterminable fuerza de construcción que fortalezca los recuerdos, que corporice los sueños, que fije las imágenes, que de el mejor trato a los muertos, que de a los efímeros una suntuosa lectura de su transparencia”.

PRENSA VENDIDA

Escribir entre-líneas. Esta forma de astucia del lenguaje, este dominio -forzosamente más cercano del poeta que del lingüista- tendrá que seguir siendo beneficio y recurso mientras exista una sociedad desorganizada y por lo tanto carente de capacidad para crear sus propios medios de información.

Dentro de esta realidad, en la situación que actualmente sufrimos, será absolutamente inmoral (en tiempos de corrupción vivimos) enderezar la frase aquella de “¡Prensa vendida!” a un trabajador de la información que no cuenta, en su solitaria lucha, con el apoyo de esa sociedad indiferente y sin formación política, que cree en el cambio por el cambio y que cuando tiene la oportunidad vota por la peor opción, de esa sociedad desensibilizada, de esa sociedad que trata de descargar en individualidades su propia responsabilidad, de esa sociedad que en ese solitario trabajador de la información pretende criticar lo que debiera profundamente reprobar en ella.